

gares, principalmente en la de los más extremos; experimentaos en ellos, se nos dice, y aseguraos allí. Por el contrario, lo más fácil y natural será descargarnos hasta de pensamiento: no vendrán nunca bastante temprano; su verdadero ser no nos dura gran cosa; es preciso que nuestro espíritu los extienda y dilate, que de antemano los incorpore en sí mismo y con ellos se familiarice, cual si razonablemente no pesaran á nuestros sentidos. «De sobra pesarán cuando los alberguemos, dice uno de los maestros y no de una dulce secta, sino de la más dura: mientras tanto auxiliáte, cree lo que gustes mejor; ¿de qué te sirve ir recogiendo y previniendo tu infortunio, y perder el presente por el temor de lo futuro, y ser incontinenti miserable porque lo debas ser con el tiempo?» Son sus palabras. La ciencia nos procura de buen grado un buen servicio instruyéndonos puntualmente en las dimensiones de los males,

Curis acuens mortalia corda¹:

sería una lástima el que una parte de su magnitud escapase á nuestro sentimiento y conocimiento.

Verdad es que á casi todos la preparación á la muerte no procurará mayor tormento que el sufrirla. Con verdad fué dicho en lo antiguo, y por un autor muy juicioso: *Minus afficit sensos fatigatio, quam cogitatio*². El sentimiento de la muerte presente, por sí mismo nos impulsa á veces con una pronta resolución á no evitar lo que es de todo punto inevitable: algunos gladiadores se vieron en Roma, que después de haber cobardemente combatido, tragaron la muerte ofreciendo su garganta al acero del enemigo y convidándole. La vista de la muerte venidera ha menester de una firmeza lenta, y por consiguiente difícil de encontrar. Si no sabéis morir, nada os importe, la naturaleza os informará al instante suficiente y plenamente, y cumplirá con exactitud esta tarea por vosotros: no os atormentéis por vuestra ignorancia:

Incertam frustra, mortales, funeris horam
Quæritis, et qua sit mors aditura via.

Pœna minor, certam subito perferre ruina;
Quod timeas, gravius sustinuisse diu³.

Con el cuidado de la muerte trastornamos la vida: ésta nos enoja, aquélla nos asusta. Y no es la muerte contra lo que nos

1. Avivando al seso del hombre con sus advertencias. VIRGILIO, *Georg.* I, 123.

2. Menos daña el sufrimiento que el pensamiento. QUINTILIANO, *Inst. Orat.*, I, 12.

3. En vano investigáis, mortales, la hora de la muerte, y por qué camino ha de venirnos. Menor sufrimiento es llegar súbitamente al término inevitable que pensar largo tiempo en la dolorosa incertidumbre. — Los dos primeros versos son de PROPERCIO, II, 27, I. del pasaje donde se lee *At vos incertam*. Ignoro el rígen de los otros dos. — N.

preparamos; ésta es cosa sobrado momentánea; un cuarto de hora de padecimiento, sin consecuencia y sin daño, no merece preceptos particulares: á decir verdad, preparámonos contra las preparativos á la muerte. La filosofía nos ordena tener aquélla constantemente ante nuestros ojos, preverla y considerarla antes de tiempo, y nos suministra además las reglas y precauciones para proveer á lo que esta previsión y este pensamiento nos hieren: así proceden los médicos, que nos lanzan en las enfermedades á fin de procurar empleo á sus drogas y á su arte. Si no supimos vivir, es injusto enseñarnos á morir, deformando así la unidad de nuestra existencia: si supimos vivir con tranquilidad y constancia, sabremos morir lo mismo. Alabaránse cuanto quieran, *tota philosophorum vita commentatio mortis est*¹; mas yo entiendo que si bien es el extremo, no es, sin embargo, el fin de la vida; es su acabamiento, su extremidad, pero no es su objeto; ella debe ser para sí misma su mira, su designio: su recto estudio es ordenarse, gobernarse, sufrirse. En el número de los varios otros deberes que comprende el general y principal capítulo del saber está incluido este artículo del saber morir, y es de los más ligeros, si nuestro temor no le da peso.

Juzgadas por su utilidad y por su verdad ingenua, las lecciones de la sencillez apenas ceden á las que la doctrina vivir, nos pregona; por el contrario. Los hombres difieren en sentimientos y en fuerzas, precisales por tanto ser conducidos al bien, según ellos, por caminos diversos.

Quo me cumque rapit tempestas, deferor hospes².

Nunca vi á los campesinos de mi vecindad entrar en meditación sobre el continente y la firmeza con que soportarian esta hora postrera: naturaleza los enseña á no pensar en la muerte sino es cuando dejan de existir, y entonces adoptan mejor postura que Aristóteles, para el cual es doble suplicio el acabar, primero por esto mismo, y luego por la premeditación; por eso César pensaba que la menos prevista muerte era la más dichosa y la más ligera: *Plus dolet, quam necesse est, qui ante dolet, quam necesse est*³. El agrior de este pensamiento nace de nuestra curiosidad: así nos embarazamos siempre, queriendo adelantar y regentar las cosas naturales. Sólo á los doctores incumbe el comer de mala gana hallándose sanos, y el hacer pucheritos ante la imagen de la muerte: el común de las gentes no tiene necesidad de remedio ni de consuelo sino cuando

1. La vida entera de los filósofos es una explicación ó comento de la muerte. CICERÓN, *Tusc. Quæst.*, I, 30.

2. Allí donde me llevó la tempestad, allí me considero huésped. HORACIO, *Epist.* I, 1, 13.

3. Más sufre de lo que es necesario quien se aflige de antemano. SENECA, *Epist.* 95.

llegan el choque y el golpe, y lo consideran únicamente cuando lo sufren. ¿No es esto palmaria prueba de lo que decimos, ó sea que la estupidez y falta de aprensión del vulgo procuranle la paciencia para los males presentes y la despreocupación intensa de los siniestros accidentes venideros? ¿Que su alma por ser más crasa y obtusa es menos penetrable y agitable? ¡Dios nos valga! Si así es en efecto, pongamos desde ahora escuela de torpeza: es el extremo fruto que las ciencias nos prometen, al cual aquélla tan dulcemente conduce á sus discipulos. No nos faltan regentes eximios, intérpretes de la natural sencillez; Sócrates será uno de ellos, pues á lo que se me acuerda habla sobre poco más ó menos en este sentido á los jueces que deliberan de su vida: «Temo, señores, si os ruego que no me hagáis morir, caer en la delación de mis acusadores, la cual se fundará en que yo alardeo de más entendido que los otros, como poseedor de alguna noción más oculta de las cosas que están por cima y por bajo de nosotros. Yo sé que no he frecuentado ni reconocido la muerte, ni á nadie vi tampoco que experimentara sus cualidades para instruirme. Los que la temen presuponen conocerla: en cuanto á mí, no sé ni lo que es, ni cuál sea su obra en el otro mundo. Quizás sea la muerte cosa indiferente, quizás deseable. Hay motivo para creer, sin embargo, en el caso de que sea una transmigración de un lugar á otro, que se encuentra mejora yendo á vivir con tan grandes personajes muertos, y hallándose libre de tener que ver con jueces injustos y corrompidos: si es un aniquilamiento de nuestro ser, todavía es mejor el entrar en una noche dilatada y apacible; nada sentimos tan dulce en la vida como un reposo y un sueño tranquilos y profundos, sin soñaciones. Las cosas que yo reconozco malas, como el ofender al prójimo y el desobedecer á un superior, sea Dios, sea hombre, las evito cuidadosamente: aquellas que desconozco, si son buenas ó malas, no me sería dable temerlas. Si yo muero y os dejo en vida, sólo los dioses verán quién de entre vosotros y yo andará mejor. De modo que, por lo que á mi toca, ordenaréis lo que os plazca. Mas conforme á mi manera de aconsejar las cosas justas y útiles, hago bien al insinuar que en provecho de vuestra conciencia procederéis mejor concediéndome la libertad, si no veis con mayor claridad que yo en mi causa; y juzgando en vista de mis acciones pasadas, privadas y públicas, conforme á mis intenciones y según el fruto que alcanzan todos los días de mi conversación tantos ciudadanos jóvenes y viejos, y el beneficio que á todos os hago, no podéis, obrando en justicia, desentenderos de mis merecimientos, sino ordenando que sea sostenido en razón de mi pobreza en el Pritaneo, á expensas del erario público, lo cual he visto con motivos menores que habéis

concedido á otros. No achaquéis á testarudez ó menosprecio el que, según costumbre, yo no vaya suplicándoos y moviéndoos á conmiseración. No habiendo sido engendrado, como dice Homero¹, de madera ni de piedra, como tampoco lo fueron los demás, tengo amigos y parientes capaces de presentarse llorosos y de duelo llenos, y tres hijos desolados con que despertar vuestra piedad; pero avergonzaria á nuestra ciudad, á mis años, y á la reputación de prudente que alcanzara echando mano de tan cobardes arbitrios. ¿Qué se diría de los demás atenienses? Yo aconsejé siempre á los que hablar me oyeron que no rescataran su vida con ninguna acción deshonrosa; y en las guerras de mi país, en Anipolis, Potidea, Delia y en otros lugares donde me hallé, acredité con los hechos cuán lejos estuve de amparar mi seguridad con mi vergüenza. Mayormente me alejaria de torcer vuestro deber ni de convidaros á la comisión de feas acciones, pues no corresponde á mis súplicas el persuadiros, sino á las razones puras y sólidas de la justicia. Así habéis jurado manteneros ante los dioses: diríase que yo sospechaba de vosotros que no los hubiera y que por ello os recriminara; yo mismo testimoniaría contra mí no creer en ellos, como debo, desconfiando de su conducta y no poniendo puramente en sus manos mi proceso. En absoluto confío, y tengo por seguro que obrarán en esto conforme sea más conveniente á vosotros y á mí. Las gentes de bien, ni vivas ni muertas tienen nada que temer de la divinidad.»

¿No es ésta una defensa infantil, de una elevación inimaginable, verdadera, franca y justa por cima de todo encomio, y empleada en un duro trance? En verdad fué razón que la prefiriese á la que aquel gran orador Lisias había escrito para él, excelentemente modelada al estilo judicial, pero indigna de un criminal tan noble. ¿Cómo era posible que de la boca de Sócrates hubieran surgido palabras suplicantes? ¿Aquella virtud soberbia había de rebajarse en lo más recio de su expansión? Su naturaleza rica y poderosa ¿hubiera podido encomendar al arte su defensa, y en la más suprema experiencia renunciado á la verdad y á la ingenuidad, ornamentos de su hablar, para engalanarse con el artificio de las figuras simuladas de una oración aprendida? Obró prudentísimamente y según él al no romper un tenor de vida incorruptible y una tan santa imagen de la humana forma para dilatar un año más su decrepitud traicionando la inmortal memoria de un fin glorioso. Debía su vida no á sí mismo, sino al ejemplo del mundo: ¿no sería lastimoso que hubiera acabado de manera ociosa y obscura? Por cierto, una tan descuidada y blanda consideración de su fin merecía que la posteridad la retuviera

1. *Odisca*, XIX, 163.

como tanto más meritoria para él; y así lo hizo. nada hay en la justicia tan justo como lo que el acaso ordenó para su recomendación, pues los atenienses abominaron de tal suerte á los que fueron causa de la muerte del filósofo, que se huía de ellos cual de gentes excomulgadas; teniase por infestado cuanto habian tocado; nadie se bañaba con ellos, ninguno los saludaba ni se les acercaba, hasta que al fin, no pudiendo más tiempo soportar este odio público, todos se ahorcaron voluntariamente.

Si alguien estima que entre tantos otros ejemplos como hubiera podido escoger en los dichos de Sócrates para el servicio de mis palabras, hice mal en elegir al citado, juzgando que este discurso se eleva por cima de las comunes opiniones, sepa que lo hice á sabiendas, pues yo juzgo de distinto modo, y tengo por cierto que es una oración en ingenuidad y en rango muy atrás y muy por bajo de las ideas ordinarias. Representa un arrojito limpio de todo artificio; la seguridad propia de la infancia; la impresión primitiva y pura; creible es que naturalmente temamos el dolor; mas no la muerte á causa de ella misma: es una parte de nuestro ser no menos esencial que la vida. ¿A qué fin naturaleza había de engendrar en nosotros el odio y el horror del sucumbir, puesto que nuestra desaparición la es de utilidad grandísima, para alimentar la sucesión y vicisitud de sus obras, y puesto que en esta república universal sirve la muerte más de nacimiento y propagación que de pérdida y de ruina?

Sic rerum summa novatur¹

Mille animas una necata dedit²;

« el acabamiento de una vida es el tránsito de mil otras existencias ». Naturaleza imprimió en los brutos el cuidado de ellos y de su conservación: llegan á temer su empeoramiento, el tropezar, el herirse, ser atados y sujetos, que nosotros los encabestramos é inoculamos, accidentes sujetos á sus instintos y sentidos; pero que los matemos no pueden temerlo, ni tampoco poseen la facultad de representarse la muerte; de tal modo que, al decir de algunos, se les ve no sólo sufrirla alegremente (casitodos los caballos relinchan al morir, los cisnes cantan), sino además buscarla cuando la apetecen, como acreditan muchos ejemplos entre los elefantes.

A más de lo dicho, la manera de argumentar que en este caso Sócrates emplea ¿no es igualmente admirable en sencillez y en vehemencia? En verdad es mucho más fácil el hablar como Aristóteles y el vivir como César, que no el vivir y el hablar como Sócrates: aquí tiene su asiento el

1. OVIDIO, *Fastos*, I, 380. Las palabras siguientes traducen este pasaje.

2. Así todas las cosas se renuevan. LUCRECIO, II, 74.

último grado de perfección y dificultad; el arte no puede alcanzarlo. Ahora bien, nuestras facultades no están así enderezadas, nosotros no las experimentamos ni las conocemos; nos investimos con las ajenas y dejamos reposar las nuestras; lo propio que alguien podría decir de mí que amontoné aquí una profusión de extrañas flores, no proveyendo de mi caudal sino el hilo que las sujeta.

Y, en efecto, ya concedí á la pública opinión que estos adornos prestados me acompañan, mas entiendo que ni me cubren ni me tapan: muestran lo contrario de mi designio, que no quiere enseñar sino lo propio, lo que por naturaleza me pertenece; de seguir mi primera voluntad, en toda ocasión habría hablado solo, pura y llanamente. Todos los días me cargo con nuevas flores, apartándome de mi idea primera, siguiendo los hábitos del siglo, y entreteniéndome mis ocios. Si esto á mí me sienta mal, como así lo creo, nada importa; á alguien puede serle útil. Tal alega Platón y Homero, que jamás los vió, ni por el forro, y yo he tomado bastantes versos y prosas en lugar distinto de las fuentes. Sin fatiga ni capacidad, teniendo mil volúmenes en derredor mío, en este lugar donde escribo, cogería ahora mismo, si me viniera en ganas, una docena de tales zurdidos, gentes que apenas hojeo, con qué esmaltar el tratado de la fisonomía: no precisaba sino la epístola preliminar de un alemán para rellenarme de alegaciones. ¡Y con esto vamos mendigando una gloria golosa con que engañar al mundo estulto! Estas empanadas de lugares comunes con que tantas gentes economizan su estudio, apenas sirven para asuntos comunes, y sólo para mostrarnos, no para conducirnos: fruto ridiculo de la ciencia, que Sócrates censura tan graciosamente en Eutidemo. Yo he visto fabricar libros de cosas jamás estudiadas ni entendidas; el autor encomienda á varios de sus amigos eruditos el rebusco de esta ó la otra materia para edificarlo, y se contenta por su parte con haber concebido el designio y ligado con su industria el haz de provisiones desconocidas: á lo menos el papel y la tinta le pertenecen. Esto se llama, en conciencia, comprar ó pedir prestado un volumen, no hacerlo; es enseñar á las gentes, no que se sabe hacer un libro, sino lo que acaso pudieran dudar: que no se sabe hacer. Un presidente se alababa, yo le oí, de haber amontonado doscientos y tantos lugares extraños en una de sus sentencias presidenciales: predicándolo borraba la gloria que se le tributaba: ¡pusilánime y absurda vanidad, á mi ver, tratándose de un tal asunto y de una tal persona! Yo hago todo lo contrario, y entre tantas cosas prestadas, es muy de mi gusto poder disfrazar alguna, deformándola, para convertirla á un servicio nuevo: exponiéndome á que decirse pueda que fué por ininteligencia de su natural sentido, la imprimo alguno particular, modelado con mi mano, á fin de

que sea menos puramente extraño. Aquellos hacen ostentación de sus latrocinios, por eso les son perdonados más que á mi; nosotros, hijos de la naturaleza, estimamos que haya incomparable preferencia entre el honor de la invención y el de la alegación.

Si de científico hubiera yo querido echármelas, habría hablado más temprano; habría escrito en tiempo más vecino al de mis estudios, cuando disfrutaba viveza mayor de espíritu y memoria, confiando más en el vigor de esta edad que en el actual, de querer ejercer profesión literaria. ¿Y qué decir si este gentil favor que el acaso me procuró antaño, ofrecido por mediación de esta obra, hubiera acertado á salir á mi encuentro en aquel tiempo de mis verdes años, en lugar del actual, en que es igualmente deseable de poseer que presto á perder? Dos de mis conocimientos, grandes hombres en esta facultad, perdieron á mi entender la mitad, por haberse opuesto á sacarse á luz á los cuarenta años para aguardar á los sesenta. La madurez tiene sus inconvenientes, como el verdor, y aun peores; la vejez es tan inhábil á esta suerte de trabajo como á cualquiera otro: quienquiera que en su decrepitud se violenta, comete una locura si aguarda á expresar con ella humores que no denuncien la desdicha, el ensueño y la modorra; nuestro espíritu se constriñe y embota envejeciendo. Yo declaro pomposa y opulentamente la ignorancia, y la ciencia de manera flaca y lastimosa; ésta, accesoria y accidentalmente; aquélla, de modo expreso y principal; y de nada trato concretamente si no es de la nada, ni de ninguna ciencia, si no es de la carencia de ella. Escogí el tiempo en que mi vida, que retrato, la tengo toda delante de mí; la que me queda es más bien muerte que vida: y de mi muerte, si como algunos habladora la encontrara, comunicárala también á las gentes, desalojándola.

Sócrates fué un ejemplar perfecto en toda suerte de grandes cualidades. Me desconsuela que su figura y su semblante fueran tan ingratos como dicen y tan poco en armonía con la hermosura de su alma. Con un hombre tan enamoradamente loco de la belleza, la naturaleza no fué justa. Nada hay tan verosímil como la conformidad y relación entre el cuerpo y el espíritu. *Ipsi animi, magni referunt, quali in corpore locati sint; multa enim e corpore existunt, quæ acuant mentem; multa, quæ obtundant*¹. Cicerón habla de una falsedad de miembros desnaturalizada y deformada, pero nosotros llamamos también fealdad á la que nos es desagradable al primer golpe de vista, á la que reside principalmente en el semblante y que nos repugna por bien ligeras causas; por el tinte, por una man-

1. A las mismas almas afecta en gran modo el cuerpo en que están alojadas, pues en el cuerpo existen muchas cosas que avivan el entendimiento, y otras que lo entorpecen. CICERÓN, *Tusc. Quest.*, 1, 33.

cha, por un brusco continente, por alguna cosa, en fin, á veces inexplicable, siendo lo demás, sin embargo, cabal y bien acomodado. La fealdad que revestia en Esteban de La boétie un alma hermosa era de esta naturaleza. Esta fealdad superficial, que es, no obstante, la más imperiosa, ocasiona menor perjuicio al estado del espíritu, y su certeza no es grande en la opinión de los hombres. La otra, que con nombre más adecuado se llama deformidad, más sustancial, influye hasta en el interior: no solamente todo zapato de cuero bien lustroso, sino todo zapato bien conformado muestra la interior forma del pie que guarda: como Sócrates decía de su rostro, que denunciaba otro tanto de su alma, si por educación no hubiera ésta enmendado. Pero el hablar así creo que era pura burla, según su costumbre; jamás un alma tan excelente acertó á sí misma á modelarse.

No acertaría nunca á repetir de sobra, cuánto idolatro la belleza, calidad suprema y poderosa. Sócrates la llamaba « breve tiranía »; y Platón, « privilegio de naturaleza ». Nada hay en la vida que en predicamento lo sobrepuje: en el comercio de los hombres ocupa el primer rango; muéstrase antes que todo, seduce y preocupa nuestro juicio con poderoso imperio é impresión maravillosa. Friné perdía su proceso, que estaba en manos de un abogado excelente, si abriendo su túnica no hubiera corrompido á sus jueces con el resplandor de su hermosura; y yo creo que Ciro, Alejandro y César, aquellos tres soberanos del mundo, no la echaron en olvido en sus grandes empresas, como tampoco el primer Escipión. Una misma palabra abraza en griego lo bello y lo bueno; y el Espíritu Santo llama á veces buenos á los que quiere nombrar hermosos. Yo colocaría de buen grado el rango de los bienes conforme el cantar, que Platón dice haber oído al pueblo, tomado de algún antiguo poeta: « la salud, la hermosura y la riqueza ». Aristóteles escribe que á los buenos pertenece el derecho de mandar, y que cuando hay alguno cuya belleza toca en los confines de lo celeste, la veneración le es en igual grado debida: á quien le interrogaba por qué se frecuentaba más y más dilatadamente á los hermosos: « Esa pregunta, decía, no debe hacerla sino un ciego. » La mayor parte de los filósofos y los grandes pagaron su aprendizaje y adquirieron la sabiduría por mediación y favor de su belleza. No sólo en las gentes que me sirven, sino en los animales también, la considero á dos dedos de la bondad.

Paréceme, sin embargo, que ese sello y conformidad del semblante, y esos lineamientos por los cuales se argumentan algunas internas complexiones, como también nuestra fortuna venidera, es cosa que no se aviene muy directa y naturalmente con el capítulo de la belleza ó la fealdad, como tampoco todo buen olor y tranquilidad de aspecto prometen la salud, ni toda pesantez y pestilencia, la infec-

ción en tiempo de epidemias. Los que acusan á las damas de contradecir con sus costumbres su belleza, no siempre están en lo cierto, pues en una faz cuyo conjunto no inspira cabal confianza, puede haber algún rasgo de probidad y crédito; y al contrario, á veces lei yo entre dos hermosos ojos las amenazas de una naturaleza maligna y peligrosa. Hay fisonomías que inspiran confianza; así, en medio de una multitud de enemigos victoriosos, elegiréis al punto entre hombres desconocidos uno más bien que otro á quien entregaros y fiar vuestra vida, y no precisamente por la consideración de su belleza.

La cara es débil prueba de bondad, pero merece, sin embargo, alguna consideración: y si yo tuviera que azotarlos, sería más cruel con los malos, los cuales desmienten y traicionan las promesas que naturaleza plantara en su frente; castigaria más rudamente la malicia encubierta con apariencias de bondad. Diríase que hay algunos semblantes dichosos y otros desdichados; yo entiendo que puede haber algún arte para distinguir las fisonomías bondadosas de las simples, las severas de las duras, las maliciosas de las malhumoradas, las desdenosas de las melancólicas, y semejantes cualidades vecinas. Bellezas hay no sólo altivas, sino ingratas; otras, dulces, y otras insípidas, de puro azucaradas: en cuanto á lo de averiguar lo venidero por el semblante cosa es que dejo indecisa.

Yo adopté, como dije en otra parte, en toda su simplicidad y crueldad, por lo que á mi individuo se refiere, el principio antiguo que dice: «Jamás podremos engañarnos de seguir la senda de naturaleza»; y que el soberano precepto es: «Conforme con ella.» No corregí, cómo Sócrates, con la fuerza de mi razón mis complexiones naturales, y en manera alguna por arte alteré mi inclinación: yo me dejo llevar tal y conforme vine; nada combato; las partes que me componen viven por sí mismas en sosiego y buena armonía; pero la leche de mi nodriza fué, á Dios gracias, medianamente sana y atemperada. ¿Osaré decirlo de paso? que veo tener en mayor estimación de lo que realmente vale (y casi sólo entre nosotros se ve esta usanza) cierta imagen escolástica de hombría de bien, sierva de los preceptos, agarrotada entre la esperanza y el temor. Yo la amo, no como las religiones la hacen, sino como la completan y autorizan; que se sienta con fuerzas para sostenerse sin ayuda; en nosotros engendrada por la semilla de la razón universal, sellada en todo hombre no desnaturalizado. Esa razón que liberta á Sócrates de su vicioso resabio, conviértele en obediente á los hombres y á los dioses que gobernaban su ciudad, vigorizándole en la muerte, no porque su alma es inmortal, sino porque él es inmortal. ¡Instrucción ruinosa para todo régimen político, y mucho más perjudicial que ingeniosa y sutil la que persuade á los

pueblos que las creencias religiosas bastan por sí solas, sin el apoyo de las costumbres, para contentar á la divina justicia! La costumbre nos hace ver una distinción enorme entre la devoción y la conciencia.

Yo muestro un aspecto favorable, lo mismo en apariencia que en interpretación;

Quid dixi, habere me? Imo habui, Chreme!:

Heu! tantum attriti corporis ossa vides?:

lo cual produce un efecto contrario al que Sócrates experimentaba. Con frecuencia me aconteció que por la sola recomendación de mi presencia y de mi aspecto, personas que de mí no tenían noticia alguna, confiaron luego grandemente, sea en sus propios negocios, ó bien en algo que con los míos se relacionara; y en los países extranjeros alcancé de esta circunstancia ventajosa servicios raros y singulares. Pero estas dos experiencias valen la pena, á mi ver, que las relate particularmente. Un quidam deliberó en una ocasión sorprender mi casa y á la vez sorprenderme; el arte que para ello empleó, consistió en llegar sólo á mi puerta con alguna premura de franquearla. Yo le conocía de nombre, y había tenido ocasión de fiarme de él como de mi vecino, y en algún modo como de mi aliado, é hice que le abrieran, como á todo el mundo. Hele aquí todo asustado, con su caballo desalentado y fatigadísimo, que me dispara esta fábula: que acababa de tropezar á una media legua de la casa con un enemigo, á quien yo también conocía, habiendo oído también hablar de la querella que los separaba, el cual le había hecho huir á uña de caballo; y que como fuera sorprendido más débil en número, se había lanzado á mi puerta para salvarse; añadió que la situación de sus gentes le ocasionaba gran duelo, y que si no estaban muertos habrían caído prisioneros. Intenté ingenuamente reconfortarle, asegurarle y calmarle; mas pasado un momento, he aquí que comparecen cuatro ó cinco de sus soldados con igual continente y tanto susto, que pretendían entrar, y luego otros, y todavía otros, bien equipados y armados, hasta veinticinco ó treinta, fingiendo tener al enemigo en los talones. Semejante misterio empezaba ya á despertar mis sospechas: yo no ignoraba el siglo en que vivía, y cuánto mi casa podía ser codiciada; muchos ejemplos podía recordar, además, de otras personas de mi conocimiento á quienes desventura semejante había sucedido: de tal suerte, que echando de ver que no había solución posible, si yo no acababa, y no pudiendo desahacerme de ellos sin violencia, me dejé llevar al partido más

1. ¿Cómo dije tengo, en lugar de he tenido, Crema? TERENCIO, *Heaut*, acto I, escena I, v. 42.

2. ¡Ay! sólo verás los huesos de mi cuerpo descarnado.

natural y sencillo, como hago siempre, ordenando que entraran. A la verdad yo soy, por naturaleza, poco desconfiado y menos inclinado á la sospecha; me inclino fácilmente hacia la excusa é interpretación más dulces; juzgo de los hombres según el común orden, y no creo en esas propensiones perversas y desnaturalizadas, si á ello no me veo forzado por un flagrante ejemplo; como tampoco creo en los monstruos y prodigios: soy hombre, además, que me encomiendo de buen grado á la fortuna y á cuerpo perdido me lanzo en sus brazos, con lo cual, hasta hoy, menos motivos he tenido de llorar que de regocijarme, encontrándola, como la encontré, más avisada y amiga de mis asuntos de lo que yo mismo pudiera ser. Algunas acciones hay en mi vida cuya conducta, hablando en justicia, fué difícil, ó por lo menos prudente: hasta de éstas mismas suponed que la tercera parte sean hijas de mi buen tino; pues bien, las otras dos terceras ricamente las desempeñó el acaso. Incurrimos en falta, así lo entiendo yo al menos, por no confiar al cielo nuestras cosas, y pretendemos de nuestra conducta más de lo que debiéramos; por eso naufragan tan fácilmente nuestros designios: se muestra el cielo envidioso de los derechos que atribuimos á la humana prudencia en perjuicio de los suyos, acortándolos á medida que tratamos de amplificarlos. — Los individuos de que hablaba se mantuvieron á caballo en el patio, mientras el jefe permanecía conmigo en la sala, y no había querido que llevaran al establo su caballo, so pretexto de retirarse al punto que recibiera nuevas de sus hombres. Vióse, pues, completamente dueño de su empresa, y nada le faltaba sino ejecutarla. Pasado el caso, repitió frecuentemente (pues nada temía denunciarse) que mi semblante y mi franqueza le arrancaron la traición de los puños. Volvió á marchar á caballo; sus gentes no le quitaban los ojos de encima para ver lo que las ordenaba, muy admiradas de verle salir abandonando sus posiciones.

Otra vez, confiando en no sé qué tregua, que acababa de ser publicada por nuestros ejércitos, me puse en camino por tierras singularmente peligrosas. Apenas hube comenzado á caminar, cuando me veo que tres ó cuatro cabalgatas que de lugares diversos salían en mi seguimiento: una de ellas me dió alcance á la tercera jornada, y fui acometido por quince ó veinte gentileshombres enmascarados, seguidos de una bandada de mercenarios. Heme pues prendido y vendido, retirado en lo más espeso de una selva vecina, desmontado, desvalijado, mis cofres registrados, mi caja robada, los caballos y el equipaje, todo en manos de nuevos dueños. Largo tiempo permanecemos cuestionando en ese matorral sobre las condiciones de mi rescate, el cual tasaban tan alto, que bien parecía que yo les era completamente desconocido. Luego se pusieron á disponer de

mi vida, y en verdad que había muchas circunstancias amenazadoras de peligro en la situación en que me hallaba.

Tunc animis opus, *Aenea*, tunc pectore firmo¹

Yo me mantuve siempre alegando el derecho de la tregua, y diciéndoles que les abandonaría solamente la ganancia que con mis despojos lograran, la cual no era de desdenar, sin promesa de otro rescate. Al cabo de dos ó tres horas que allí permanecimos, y luego de haberme hecho montar en un caballo que no había de tomar el trote, encomendado mi conducción particular á veinte arcabuceros, y distribuido mis gentes entre otros soldados, ordenaron que nos llevaran presos por caminos diferentes; yo me encontraba á dos ó tres arcabuzazos de allí,

Jam prece Pollucis, jam Castoris implorata²:

cuando he aquí que una repentina é inopinada mutación los asalta. Vi venir hacia mí al jefe profiriendo dulces palabras, tomándose la pena de buscar en mi compañía mis vestidos y objetos extraviados, haciendo que se me devolvieran, según iban hallándose, hasta mi propia caja. El mejor presente que me hiciera fué, en fin, el de mi libertad: todo lo demás poco me importaba en aquellos días. La verdadera causa de un cambio tan nuevo, y de una mutación sin ninguna causa aparente, y de un arrepentir tan milagroso en un tal tiempo, en una empresa de antemano pensada y deliberada y que hasta llegó á ser justa por los usos mismos de la guerra (pues desde luego confesé abiertamente el partido á que pertenecía, y la dirección que llevaba), por mucho que me devané la cabeza no acerté á adivinarla. El más visible que se desenmascaró y que me declaró su nombre, insistió varias veces en que yo debía mi libertad á mi semblante, á la franqueza y firmeza de mis palabras, las cuales me hacían indigno de semejante desventura, y me pidió igual proceder si semejante ocasión en que yo interviniera se le presentaba. Posible es que la bondad divina se quisiera servir de este vano instrumento en pro de mi conservación: defendíome aún al día siguiente contra otras peores emboscadas, de las cuales estos mismos individuos me advirtieron. El último de ellos vive todavía y puede referir la historia; el primero fué muerto no ha mucho.

Si mi rostro por mí no respondiera; si no se leyera en mis ojos y en mi voz la sencillez de mis intenciones, no hubiera vivido tan largo tiempo sin querella y sin ofensa,

1. Ahora es cuando hay que tener ánimo; Eneas ahora firmeza de corazón. VIRGILIO, *Eneida*, VI, 261.

2. Ya invocado el favor de Pólux, é implorado el de Cástor. CARULO, *Carm.*, LXVI, 65.

con esta indiscreta libertad de decirlo todo á tuertas y á derechas, cuanto á mi fantasía asalta, y el juzgar temerariamente de las cosas. Esta manera de expresarse puede parecer, y con razón, incivil y mal avenida con nuestros usos; pero ultrajosa y maliciosa nadie he visto que la juzgue, ni á quien haya molestado mi libertad si de mis labios la oyó: las palabras que se profieren tienen como otro son y otro sentido. Así que, á nadie odio, y soy tan flojo en el ofender, que ni aun por el servicio de la razón misma soy capaz de tomar este partido; y cuando la ocasión á ello me invitó en las condenas criminales, más bien falté al deber de la justicia: *ut magis peccari nollim, quam satis animi ad vindicanda peccata habeam*¹. Cuéntase que censuraban á Aristóteles por haber sido sobrado misericordioso para con un hombre perverso: «Es verdad, repuso, fui misericordioso para el hombre, pero no hacia la maldad.» Los juicios ordinarios se exasperan en el castigo en pro del horror del crimen: esto mismo enfria el mío; el espanto del primer asesinato me hace temer el segundo, y lo horrible de la crueldad primera es causa de que deteste toda imitación. A mi que no soy más que un simple escudero puede aplicarse lo que se decía de Carilo, rey de Esparta: «No podrá ser bueno, porque no es malo para con los malos»; ó bien de este otro modo, pues Plutarco lo muestra en estos dos términos, como mil otras cosas diversa y contrariamente: «Menester es que sea bueno, puesto que lo es hasta con los malos mismos.» De la propia suerte que en las acciones legítimas me contraría emplearme cuando se trata de aquellos á quienes las advertencias molestan, así también, á decir la verdad, en las ilegítimas tampoco me empleo muy gustoso, aun cuando se trate de gentes que en ello consienten.

CAPÍTULO XIII

DE LA EXPERIENCIA

Ningún deseo más natural que el deseo de conocer. Todos los medios que á él pueden conducirnos los ensayamos, y, cuando la razón nos falta, echamos mano de la experiencia,

Por varios usos artem experientia fecit,
Exemplo monstrante viam²,

que es un medio mucho más débil y más vil; pero la ver-

1. Pues es mayor mi deseo de que no se cometan faltas que mi disposición de ánimo para castigar las que ya se han cometido. Tito Livio, XXIX, 21.

2. Nace el arte de la experiencia, por varios modos, mostrando el camino con el ejemplo. MANILIO, I, 53.

dad es cosa tan grande que no debemos desdeñar ninguna senda que á ella nos conduzca. Tantas formas adopta la razón que no sabemos á cuál atenernos: no muestra menos la experiencia; la consecuencia que pretendemos sacar con la comparación de los acontecimientos es insegura, puesto que son siempre desemejantes. Ninguna cualidad hay tan universal en esta imagen de las cosas como la diversidad y variedad. Y los griegos, los latinos y también nosotros, para emplear el más expreso ejemplo de semejanza nos servimos del de los huevos: sin embargo, hombres hubo, señaladamente uno en Delfos, que reconocía marcas diferenciales entre ellos, de tal suerte que jamás tomaba uno por otro; y como tuviera unas cuantas gallinas sabía discutir de cuál era el huevo de que se tratara. La disimilitud se ingiere por sí misma en nuestras obras; ningún arte puede llegar á la semejanza; ni Perrozet¹ ni ningún otro pueden tan cuidadosamente pulimentar y blanquear el anverso de sus cartas que algunos jugadores no las distinguan tan sólo al verlas escurrirse en las manos ajenas. La semejanza es siempre menos perfecta que la diferencia. Diríase que la naturaleza se impuso al crear el no repetir sus obras, haciéndolas siempre distintas.

Apenas me place, sin embargo, la opinión de aquel que pensaba por medio de la multiplicidad de las leyes sujetar la autoridad de los jueces cortándoles en trozos la tarea; no echan de ver los que tal suponen que hay tanta libertad y amplitud en la interpretación de aquéllas como en su hechura; y están muy lejos de la seriedad los que creen calmar y detener nuestros debates llevándonos á la expresa palabra de la Biblia; tanto más cuanto que nuestro espíritu no encuentra el campo menos espacioso al fiscalizar el sentido ajeno que al representar el suyo propio; y cual si no hubiera menos animosidad y rudeza al glósar que al inventar. Quien aquello sentaba vemos nosotros claramente cuánto se equivocaba, pues en Francia tenemos más leyes que en todo el resto del universo mundo, y más de las que se serían necesarias para gobernar todos los mundos que ideó Epicuro; *ut olim flagitiis, sic nunc legibus laboramus*². Y sin embargo, dejamos tanto que opinar y decidir al albedrío de nuestros jueces, que jamás se vió libertad tan poderosa ni tan licenciosa. ¿Qué salieron ganando nuestros legisladores con elegir cien mil cosas particulares y acomodar á ellas otras tantas leyes? Este número no guarda proporción ninguna con la infinita diversidad de las acciones humanas, y la multiplicación de nuestras invenciones no alcanzará nunca la variación de los ejemplos: añádase á éstos cien mil más distintos, y sin embargo no

1. Quizás algún fabricante de naipes del a época.

2. Como en el pasado por causa de las plagas, pensamos ahora por causa de las leyes. TÁCITO, *Annal.*, III, 25.